

La caja del enemigo

No ha perdido la maña. No es muy diferente de cuando lo hacía con Victoria. Se agachaba sonriente, asintiendo ante la rabieta de su niña por la rebelión de unos nudos que no se dejaban dominar, hincaba la rodilla y tomaba con sus dedos los cordones para, con un suave tirón, liberar los mocasines. Alzaba la vista y veía sonreír la tímida vergüenza de su hija, que corría a la habitación a recoger aquellos mocasines rosas que formaban un arcoíris cuando corría por el primaveral parque y se lanzaba por el tobogán sin ningún temor.

Pero esta vez Herman no se agacha paciente y feliz. Ni eleva la mirada y encuentra la desdentada sonrisa de Victoria. La liberación de los nudos no es muy diferente, pero sí más complicada y exigente ante un cuerpo inerte, un cuerpo que no sonríe amontonado entre otros cuerpos inertes, descalzos y desnudos. Revueltos y enredados ante una montaña de zapatos confundidos.

- No puedo quejarme. El negocio funciona pese a todo –intenta sonreír mientras alarga la funda con las botas remachadas a la vecina del quinto. No eran pocas las veces que ante las preguntas tenía que dar cuenta de cómo marchaba la reapertura de la zapatería del abuelo. Entendía que los clientes que se interesaban lo hacían de buena voluntad y que él debía responder dentro de las mismas normas sociales de amabilidad y encuentro. Pero en ocasiones le aburría tener que ser tan políticamente correcto, más cuando alguno insistía en cuestionarle por qué era un tipo tan callado, tan reservado. No podía explicarles que nunca le hubiera gustado retirar las telarañas que cerraron durante décadas el viejo local del centro de la capital. Que desearía mantener su viejo y odioso trabajo, que desearía acudir cada mañana a acatar las órdenes del jefe y que desearía que nunca aquel médico hubiera firmado la baja por depresión que le causó la muerte de su angelito. Eran tiempos de cambios para todos. Decían que para mejor. La dictadura de Videla y los militares había caído y el aire fresco quería entrar por todos los rincones del país aunque muchos, como él, temían que arrastrara susurros de revancha. Las noches de golpes en las puertas, de cristales rotos y gritos arrancados del hogar habían pasado y,

pese a que costaba, todos debían intentar aparcarlos en una estantería apartada. Para él había algo mucho más importante que mirar demasiado atrás, donde sólo encontraba dolor y vacío, donde sólo veía mocasines sin color. Tenía a Carlitos a los pies del mostrador intentando atarse los cordones de sus zapatos mientras la vecina del quinto le despeinaba la raya que con tanto esmero se había trazado frente al espejo.

- ¡Pero qué mayor está! ¿Cuántos años tiene ya Carlitos?

- Responde a Nilda del modo y con la educación que te han enseñado en la escuela – le instó serio.

- Voy a cumplir nueve, señora.

- Ya decía yo que es todo un hombrecito. Cada día se parece más a su padre.

¿Querrás ser de mayor un zapatero tan bueno como él?

- Yo ya soy mayor, señora –respondió Carlitos entre las sonrisas de dependiente y cliente.

El vaivén del avión le recuerda al inestable pasar del tren hacia el sur, camino del fin del mundo donde le gustaba perderse de joven acompañado por la voz llena de pasión de Atahualpa Yupanqui. Al menos ya no se mareaba como en el primer viaje, cuando vomitó el breve almuerzo sobre unos pies cubiertos al sentir que las ruedas se separaban lentamente de la tierra. Inertes, descalzos, desnudos. Ya son varios viajes, ya son decenas los zapatos, botas, deportivas, mocasines que ha desatado en medio de un vacío silencio. Se amontonan junto a calcetines, pantalones, camisas, faldas, blusas.

- Hay que desnudarlos después de que en el primer vuelo aparecieran los cuerpos en la costa de Uruguay y, aunque la sal los había devorado y despelado, por culpa de unas monedas los identificaran como argentinos – le explica rompiendo el silencio de los motores un compañero mecánico a Felipe, que tiene la desgracia de participar en su primer vuelo.

La tarde del martes es la más temida de la semana. Si la rotativa señala a tu oficial, sabes que el miércoles tienes vuelo. Cuantos más oficiales se hagan cargo de las órdenes para cumplir la doctrina, más de ellos y más de sus subordinados comparten la mancha. Aunque para muchos no es un dolor participar, sino un orgullo por limpiar de subversivos la patria.

Este miércoles no es diferente de otros. Siete chicos y seis minas, preciosas todas, han llegado al aeropuerto dormidos en la parte de atrás de la ruidosa camioneta. Pobres. El doctor de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada les ha administrado una anestesia diciéndoles que era una vacuna para las muchas enfermedades que rondan sin atadura los húmedos barracones. Aunque son pesos muertos, es más fácil moverlos dormidos para poder meterlos en el camión que les trae hasta el aeroparque. Recién subidos al avión, el médico naval les ha aplicado una nueva dosis, más fuerte siempre, para mantenerlos dormidos. Quizá soñando.

La cortinilla de la vieja zapatería cada día se abría más. Aunque él no lo hubiera imaginado, parecía que había heredado algo de la maestría del abuelo. Si lo viese,

remendando pieles, martilleando tacones, cubriendo las goteras de suelas desgastadas, no daría crédito. Aunque le gustaría pensar que estaría orgulloso de él. Prometían que eran tiempos de cambios, pero para los de abajo nada cambiaba. Y lo de comprarse zapatos nuevos no era una opción cuando los que llevabas puestos podían arreglarse. Solía pensar que quizá haya un tiempo en el que todos pudieran permitirse comprarse zapatos nuevos cuando el piso hubiera devorado las suelas. Pero mientras esas bonanzas esquivaban a la alargada patria y tardaban en llegar, parecía que su futuro estaba garantizado. Eso sí, no quería que el oficio del abuelo llegara a su hijo. Para él soñaba algo mejor.

- Carlitos, ¿vas al colegio?

- Sí, señora Marga.

- ¿A uno con crucifijos en las paredes?

- Claro, mi padre dice que ahí encontraré el mejor futuro.

- Eso dicen... pero lo mejor es que ahora encuentre buenos amiguitos, de los que saben buenos juegos y que le acompañen para toda la vida.

- Deje de llorar como un cobarde. ¡Y láncenlos ya!

El estruendo del viento que asalta la aeronave rompe el vacío y casi no le deja oír al comandante. Emilio está llorando a un lado, abrazado a sus rodillas preguntando una y otra vez “por qué los desvestimos... por qué los desvestimos”. Nadie le ha explicado que no trasladan a los trece jóvenes a otra cárcel, como dice el rumor que habían hecho correr días atrás en la ESMA para que a nadie le extrañara la ausencia de los trece. El mismo rumor extendido que para otros tantos vuelos. Emilio sigue llorando. El comandante se acerca y le propina un puñetazo en la cabeza, le agarra de los cabellos y le señala el vacío azul.

- ¡Cobarde! ¿Quiere ir con ellos?

Herman mira a Felipe y le indica con la mirada que tome al primero por los brazos, que él lo levanta de los pies. Inertes, desnudos. Descalzos. Ya están mar adentro y es momento de “dejar la mercancía”, como escuchó bromear en su primer vuelo a un teniente de la Armada.

Herman ha aprendido a no mirarles el rostro. En los primeros vuelos llegaron a confundirle. Tan jóvenes, con los párpados apaciguados, con los labios sellados como un mar en el horizonte, parecían soñar. Parecían angelitos, como describía la abuela a sus primos cuando los juntaban a todos en la misma habitación de su casa para dormir después de las cenas de cumpleaños. En aquella ocasión, a medida que recorría el valle de la nariz hasta sus ojos, el teniente percibió su mirada sobre el rostro de aquellos comunistas y le atizó una patada.

- ¿Qué le ocurre? Les ve dormidos y cree que son mansos, unos jóvenes tranquilos que anhelan el futuro. ¡Que le quede claro que no! Que detrás de esos rostros están mentes comunistas, sucios subversivos que quieren acabar con la patria y deshacerla en añicos como los crucifijos que arrojaban en las escuelas en los tiempos de la traidora de Isabelita.

A buen tranco, las sombras de los pañuelos blancos paseaban tras la cortinilla que protegía el interior de la zapatería del sol de la tarde. No tenía tiempo para pensarlo. Dejó la tapa y la bota que estaba reuniendo a suaves martilleos y salió presto para tomar de la mano a Carlitos que, inocente, jugaba con una avioneta de juguete sobre las sombras de la vieja pared. No se equivocaba. Tras las sombras blancas marchaban a unos metros los cascos grises. Sus botas negras golpeaban en su larga zancada el adoquín sin cuidar de tropiezos.

- Mira, papá, son las mamás de blanco – señala con los ojos muy abiertos Carlitos el grupo que se aleja en dirección hacia la plaza-. ¿Por qué mamá no se ata nunca un pañuelo blanco en la cabeza?

- Porque no lo necesita, hijo.

- ¿Por qué no lo necesita?

- Porque usted está aquí... en casa.

- ¿Sí? -arqueó las cejas-. Entonces, ¿cuando estoy en la escuela o en el parque mamá sí que se pone un pañuelo blanco?

- No -le sonrió mientras le volvía a despeinar la raya que se había rehecho pacientemente frente al espejo tras los mimos de Nilda.

Carlitos volvió frente a su cristal, no sin antes asegurarse de que los cordones de los zapatos seguían bien atados. Se le quedó mirando, con esa carita que marcaba siempre que algo se le escapaba de la lógica, de su lógica infantil, la que todo lo ve con ojos immaculados. Realmente había crecido mucho. Estaba orgulloso de que se le hacía mayor pero sin dejar de hacer tantas preguntas. Por fortuna, seguía siendo un niño, su niño.

- Pues... no entiendo nada, papá. Entonces, ¿mamá nunca se va a poner un pañuelo blanco, incluso cuando yo no esté?

- No hijo, nunca.

A medida que cumplía la misma orden, Herman se acostumbró. Se lo dice el teniente, se lo dicen en la Academia de Militares en la Casa de las Américas, lo dice la televisión, los periódicos. Y lo dice la ley. La tortura y la eliminación es una manera de defender a la patria y ya no le duele, ya no vomita. Su mente ya no debate. Desde hace unas semanas, Herman duerme bien después de rezar al crucifijo que corona su almohada, después de besar la fotografía de Victoria sonriéndole sobre los mocasines rosas. La pasada también ha sido una buena noche, a pesar de ver esa tarde el nombre de su comandante en la rotativa y saber que le tocaba vuelo. Hoy no están atados a rieles de ferrocarril, con lo que es más fácil librarlos de sus ropas y acercarlos al vacío. Uno detrás de otro, inertes, descalzos, desnudos. La compuerta se cierra, vuelve el vacío silencio y es el momento de repartirse el botín. Si no lo cogen ellos, alguno del aeroparque lo hará. Herman no es amigo de acumular demasiado. Pocas veces aparece alguna moneda o billetes, las joyas ya se las han arrancado antes de trasladarlos desde la ESMA y las ropas suelen estar desvencijadas y huelen mal, huelen a miedo.

Pero mientras el comandante arrincona a gritos a Emilio, que ha sido incapaz de agarrar y empujar a ninguno de esos sucios, Herman los encuentra: son los mismos zapatos negros que llevaba minutos atrás Carlos, del que sin entender todavía por qué se ha guardado su ficha en el bolsillo del pantalón, pero sin atreverse a leer sus apellidos, su dirección, su profesión... aunque intuye que, por la edad, todavía no habrá abandonado la universidad. De leve tacón pero con una marca de barro en el empeine de haber sido arrastrado como peso muerto, con los cordones desatados, el cuero negro los muestra resistentes. Pueden limpiarse perfectamente y es su número. Antes de meterlos en su funda gris, desfila la ficha de Carlos bajo la plantilla. Los guardará en una caja antes de destapar la botella que, como cada noche, luchará por callar el vacío silencio. Para dormir bien después de rezar. Después de saludar a Victoria.

- Únicamente están reclamando a los suyos. Sólo quieren saber qué fue de sus hijos. Tienen derecho a ello.

- Han pasado ya algunos años... no entiendo por qué siguen removiendo su dolor. Después de tanto tiempo, es mejor que piensen que Dios los guarda en su seno.

- ¿Usted sería capaz de aparcarse el vacío si le faltara Sebastián? ¿O imagínese que le hubieran quitado a Cristina?

Le molestaba que hablaran de política en la zapatería. Intentó huir de las palabras y refugiarse en la voz de Gustavo Cerati cantando esa frase inquietante de “Yo caminaré entre las piedras hasta sentir el temblor en mis piernas” que confesaba la radio. El regreso de la democracia hacía dos años había liberado muchas de aquellas frases, ideas y debates que, aun así, evitaban pasearse por las calles y esquinas y crecían al amparo de pequeños comercios o de sobremesas familiares, en las distancias cortas y conocidas. Aunque Nilda y Marga eran dos clientas de confianza, incluso vecinas, le inquietaba que un ajeno entrara en ese momento en la vieja zapatería y descubriera el debate.

- Y debe tener en cuenta que aquellos soldados sólo cumplían órdenes de sus superiores, de lo que decía la ley.

- ¿Cumplían órdenes? ¿De verdad? –Marga alzó inconscientemente la voz-. ¿De verdad un hombre puede tener una erección por orden de un superior? ¿De verdad un hombre, un hijo de una madre, es capaz de alzar un bebé sobre el pecho de su mamá y apuntarle con una pistola a la cabeza o electrocutarle en los pies descalzos para que ella confiese vete a saber qué?

- ¡Por supuesto que no! Pero algo de humanidad les quedaba... En los vuelos no lanzaban mujeres embarazadas...

- ¡Para robarles a sus niños cuando nacieran! –la voz de Marga se convirtió en grito desangrado que hizo que Carlitos abandonara su avión para girarse hacia la conversación-. A saber cuántos hijos están creciendo en brazos de los verdugos de sus padres...

- Por favor, señoras... -interrumpió desde su silencio, desde sus manos afanadas en una bota con la tapa repuesta-. Aquí no se habla de política, además ustedes no saben cuántos niños rescataron así de familias de perdición para que los adoptaran y educaran familias de bien.

Volvió el silencio. Tragó saliva y agachó la mirada, el pensamiento, el pasado y el futuro entre aquella bota larga, entre las gomas, entre su áspero ir y venir. Echó la mirada atrás y observó la sonrisa de Victoria sobre la caja desgastada que sostenía el crucifijo. Bajó la mirada y encontró a Carlitos que había vuelto a poner en vuelo el avión.

Nilda y Marga se miraron y, como si un rayo las atizara, apartaron sus ojos hacia la nada. Las observó, inmersas en esos silencios incómodos para los que no se encuentran caminos de salida. Su mirada fue más allá, hacia la sombra del sol sobre la cortinilla. Ante ella se detuvo una sombra blanca. Parecía dudar. Al fin, superó el escalón y empujó la puerta de la zapatería. Cruzado el umbral, se detuvo mientras Nilda y Marga se giraban ante ella. Carlitos también.

La mujer del pañuelo blanco atado con firmeza se le queda mirando. Pasan los segundos y el único camino de su mirada es la suya, sus ojos, sus entrañas, sus silencios vacíos. La mirada abrigada por el pañuelo blanco no se retira. Él asiente, es el único camino que encuentra a medida que sus pasos recorren el pasillo, a medida que su mirada se acerca. Vuelve el silencio vacío, pero no tiene a mano la botella con que callarlo.

- Carlitos, esta señora viene a buscarte –le indica mientras le hace levantarse y saludarle con el mismo respeto que le han enseñado en la escuela mientras se gira, retira la fotografía de Victoria, recoge la caja gastada por el tiempo y se la entrega.

La señora de blanco asiente y toma con fuerza de la mano a Carlitos. Agarra la caja, mira a su padre, le da la mano a la señora que lleva uno de esos pañuelos que nunca se pondrá su madre y avanza hacia la puerta abierta. No mira atrás, pero siente el poder con el que le sujeta la señora. Al salir a la calle, cuando la puerta se cierra, la mira. La señora del pañuelo blanco está llorando.

- Carlos, abre la caja, por favor.

Carlitos no se atreve a ofender sus lágrimas. Retira la tapa y encuentra unos zapatos viejos, negros, desgastados, con una mancha de barro que los tatúa y una hoja amarillenta entre los cordones con algunas palabras y números. Pone su nombre.